

ha interpretado bien o, al menos, no con todos sus matices. El testimonio deja en evidencia que la radicalización política de los años treinta, de la que también formó parte la propia Carmen Castilla, nada tiene que ver con el original espíritu liberal, abierto y tolerante, secular y científico, nunca anticlerical ni antipatriótico, que caracterizaron los proyectos de la ILE y la mayoría de su gente hasta la II República. Al menos en el caso de Carmen, el genuino interés por la innovación pedagógica y el avance científico no estuvo reñido con profesar algunos de los valores que normalmente se asocian con los sectores conservadores que luego acabaron con la ILE y las instituciones inspiradas por ella en la posguerra.

En ese sentido, también quisiera subrayar el genuino interés que Carmen muestra en su diario por los alumnos con algún tipo de discapacidad y su convencimiento en las posibilidades de desarrollo educativo de estos alumnos. Interés que, si no surge, al menos sí se fomenta definitivamente en su viaje juvenil al Smith College y que le acompaña durante toda su vida profesional según se expone en la biografía de la introducción. Pese al juicio, la depuración y represalias sufridas en la inmediata posguerra franquista por su militancia política durante la II República, ella pudo rehacer en cierto modo su interés por la educación para discapacitados y los avances pedagógicos en este campo. Esta continuidad conecta hasta cierto punto el periodo liberal de antes de la guerra con el periodo de la apertura del franquismo. Si bien no de modo institucional, la sociedad española de la segunda mitad de siglo XX al menos tuvo en estas personas supervivientes al “atroz desmoche” de las instituciones republicanas (en palabras de Lain Entralgo) algún tipo de continuidad con el periodo académico inmediatamente anterior más fructífero. En cierto modo, la labor de personas como Carmen Castilla pueden considerarse como parte de los orígenes del espíritu democrático y liberal que acabaría con el franquismo más tarde. En este sentido, la figura de María de Maeztu, también a raíz de los recuerdos de Carmen Castilla de 1955 ofrecidos en el apéndice, invita a una revisión del ámbito educativo femenino español que siga reevaluando las graves y violentas rupturas causadas por el franquismo, pero también, por qué no, las posibles continuidades de cultura liberal que, pese a todo, puedan encontrarse a entre el periodo anterior y posterior a la guerra.

Manuel PULIDO MENDOZA

LABANDEIRA, Amancio: *A ambos lados del río Grande* (novela histórica), Madrid, Fundación Universitaria Española, 2012.

Al enfrentarnos al género de la Novela-Histórica, que es el caso que nos ocupa en este momento, hay que hacer un esfuerzo de abstracción tanto como lector como

el que posiblemente tenga que hacer el autor. Resulta una aparente contradicción pretender fundir lo que de novela pueda tener una obra cuyo campo parece encontrarse más cómodo en los límites de la ficción, con la parte histórica cuyo terreno no debe sobrepasar el testimonio documentado una vez contrastado. E incluso así, este proyecto reclamará siempre algo más del escritor: el correcto ensamblaje de ambas técnicas, evitando su desmembración en divisiones alternativas e independientes.

Pues bien, Amancio Labandeira ha conseguido dicha ósmosis en su obra *A ambos lados del río Grande*. Se manifiesta ampliamente documentado desde el evento político, militar o el propio de la confrontación armada hasta el minucioso detalle del espionaje, la negociación entre conjurados o el juego económico sustentador de levantamientos y revoluciones. Su autor nos traslada al convulso escenario de la América colonial desde dos plataformas: la política enfocada desde la cara más esquinada de la desmedida ambición, la soberbia del poder y la avaricia de atesorar riquezas con el mínimo esfuerzo, y la civil enfocada desde el entramado más cotidiano de la familia, la traición, el amor o la amistad.

Con estos recursos argumentales, su autor nos presenta un heterogéneo retablo de personajes adelgazados en ocasiones hasta la caricatura maestra. Buenos y malos, honorables y trujamanes, héroes y cobardes, históricos y fabulados. Gringos, criollos, comanches. Brigadieres, sargentos, cabos y coroneles. Terratenientes, espías y emigrantes cortijeros. Curas armados, beneficiados intrigantes. Mujeres de salón y hembras de espuela y canana en bandolera. Todos ellos introducidos por el retrato de trazo rápido, sintetizador y definitivo.

Otro protagonista lo encontramos en el escenario de los acontecimientos narrados. Nueva Orleans, Texas y, espacialmente, el México de los comienzos de la centuria del XIX, muy centrada en el año 1810 y sus inmediatos. Más allá de la gran toponimia de las cartografías al uso, aparecen los pequeños enclaves geográficos por los que discurre la acción entre bosques cuyo inventario botánico compite en léxico y flora. Ríos de resonancias chatobrianescas; aldeas de adobe y pulquería; caminos reales y senderos sinuosos; indios arreando recuas de ganado robado. Todo un mosaico de figuras dislocadas, en una trepidante zarabanda de acción.

Hasta aquí, un somero repaso a través del barroco escenario colonial de figuras distorsionadas por el vendaval de pasiones desbocadas. Todo ello conseguido mediante una prosa dinámica cuyo *tempo* marca el compás acelerado de los múltiples acontecimientos narrados.

Indaguemos ahora brevemente la técnica con que se ha confeccionado este trabajo tan minuciosamente documentado. Narración y descripción se alternan en un trenzado de historias que sustentan el armazón del argumento principal. Al mismo tiempo son el soporte de los frecuentes relatos imbricados en la obra a modo de apólogo cervantino, con el propósito de descargar la agobiante tensión emocional a la que se somete al lector en los acontecimientos centrales.

La narración se orienta hacia el párrafo corto y la constante subordinación, a fin de propiciar una sensación musical de aceleración itinerante. Las aperturas de capítulos y de fundidos de técnica cinematográfica nos introducen en la historia correspondiente con fórmulas de clásicas resonancias que en tanto recuerdan el estilo con que maestros latinos documentaron sus hazañas bélicas:

“Serían las diez de la noche cuando...”, “Los tres días siguientes pasaron sin novedades...”, “Tan pronto hubo amanecido, se pusieron en marcha”, “Y caminaban por la vaguada del arroyo cuando...”, “El día siguiente pasó sin novedad”, “Se internaron en la maleza y...”, “El día primero de marzo amaneció nublado”.

Digno de reseñar es el continuo martilleo horario –puntual caracterización anglosajona- con el que tiempo y espacio precisan siempre el dónde y el cuándo del acontecer en cuestión.

No ha rehusado el autor el reto del diálogo. La novela transcurre entre la narración, la descripción y el recurso literario de un diálogo de clásica tradición barroca. Se reúne a los personajes en estancias caracterizadoras del entorno mexicano en las que transcurren coloquios con el más jugoso vocabulario colonial frecuentemente salpicado de humor, cuyo léxico está acuñado en la misma geografía en la que se fraguan los hechos legendarios. Y, puesto que para muestra basta un botón, oigamos un fragmento generoso en modismos criollos:

Es parlanchín y por lo tanto cacaistón y boquimuelle; tiene mala mirada, por que es biscoreto, y, además, es chumato porque su quijada se parece a la de un asno. Este ser ñango por lo desgarrado, vetarro por lo decrepito, y vaquetón por lo flojo, es una nadita de nada.

En resumen, la crónica de Indias, frecuentada en la actualidad por interesados en cuestiones hispanoamericanas, lamentablemente no es el género más solicitado como lectura de mayorías. Podría atribuirse al limitado conocimiento que en general se tiene de este género fuera de los centros de estudios e investigación filológica. De lo contrario, quien haya leído, por ejemplo, *Verdadera Historia de los Sucesos de la Conquista de la Nueva España*, del capitán Bernal Díaz del Castillo, sabrá que muchas de las novelas-ficción ricas en aventuras difícilmente podrían competir en lances, ocasiones de riesgo, sorpresa ante el deslumbrante encuentro con civilizaciones, culturas, lugares y costumbres inimaginables de estas *Crónicas* a las que se suma la increíble dimensión humana de relatar hechos dramáticamente reales.

Pues bien, el *puzzle* de la colonización americana se complementa ahora con el brillante aporte de *A ambos lados del río Grande*, referido también a la misma geografía e historia de la Nueva España en otro segmento temporal. De todo ello se

sigue la convicción de que con esta obra su autor se ha enrolado en la larga lista de los que en su momento, fueron admirados cronistas de Indias.

Mariano DE ANDRÉS GUTIÉRREZ

GARCÍA GALIANO, Ángel: *El fuego sordo*, Madrid, Ediciones Xorki, 2013. 243 pp.

Como nos explica el autor, el libro recoge una serie de estudios sobre escritores contemporáneos que escriben en español, pero también hay acercamientos parciales a la narrativa de Hugo Claus, Umberto Eco, Jaan Kroos o Thomas Pynchon. Todos ellos tienen en común haber marcado, con su peculiar mirada narrativa, una manera de entender el arte de la ficción que los ha colocado en ese lugar evanescente y altamente preciso del canon occidental.

De este modo, el libro se encuentra perfectamente distribuido y dividido en apartados que recogen estas diferentes secciones de la literatura y que hacen honor al título, *El fuego sordo*, realizando alusiones al elemento. Así, encontramos cuatro apartados ígneos constituidos por "Hogueras peninsulares" que recoge los análisis sobre Francisco Ayala, Torrente Ballester, Antonio Prieto, Bernardo Atxaga y que se cierra con la interesante disquisición "Trazas herméticas en la narrativa española de fin de siglo"; un segundo apartado dedicado a los escritores hispanoamericanos, "Todos los fuegos el fuego", nos trae a Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa y García Márquez. Y, por último, "Otras luminarias" nos ofrece el análisis, o como más bien dice su autor, el acercamiento a las obras de Hugo Claus, Umberto Eco, Thomas Pynchon, Patrick Hannahan y se atreve también con la literatura estonia en castellano, añadiendo la interesante revelación basada en experiencias personales "De Guinea al río Congo (el mal de África)". Pone fin al apartado y al libro un interesante estudio de en la serie *The wire* que nos explica hacia dónde se dirige el nuevo canon textual también en el terreno audiovisual.

Se trata de una división que nos facilita la lectura y la situación de cada una de las tendencias y "regiones literarias" dentro del campo académico.

Pero quien se acerque a este libro a paso de hormiguita, buscando solamente apartados y ordenaciones, construcciones milimétricas que puedan ofrecer datos y fechas, o simples reestructuraciones eruditas de cosas que ya sabíamos, está yendo por el camino equivocado y probablemente debería buscar otro libro en la estantería de la biblioteca.

Probablemente, la gran originalidad de este libro de García Galiano, lo que lo hace sobresalir en su campo, es la manera en que los autores y sus obras están abordados, desde un criterio constituido a partir de más de treinta años de enseñanza de la literatura, a partir de una observación rigurosa, profunda, y de un